

15th St. Jerome Translation Contest

2020 EDITION

Spanish Student prize



Cristina Revuelta Losada

Tina Turner está en su mejor momento

Encarnó el espíritu del *rock'n'roll* durante 50 años. Su versión de «*Proud Mary*» es un 175 % más larga que la original de John Fogerty, quien, además, ni siquiera bailaba. Alcanzó el estrellato junto con Ike Turner a los veinte, escapó de la relación abusiva que ambos mantenían a los treinta, escaló en las listas de éxitos de música pop a los cuarenta y se fue de gira por todo el mundo a los sesenta; ahora prefiere levantarse tarde.

Llego a las dos. Erwin Bach, el encantador marido alemán de Turner, viene a buscarme en su todoterreno y me lleva a su casa, el *Château Algonquin*. Cómo no, la casa de Tina Turner tenía que tener nombre. Se trata de una especie de palacio sacado de dibujos animados en el que me encuentro muros cubiertos de hiedra, jardineros dando forma a los arbustos, una escultura a tamaño real de un caballo de solo dos patas colgada de una cúpula, un cuadro en el que aparece Turner caracterizada como una faraona egipcia, una habitación llena de sofás dorados al estilo Luis XIV y, recostada en uno de ellos, a la propia Tina Turner.

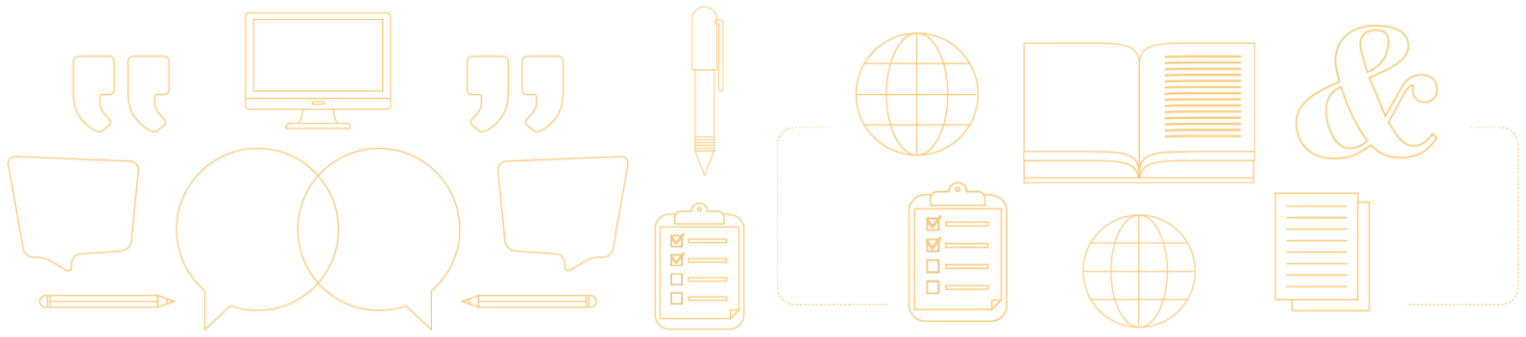
Turner tiene 79 años. Lleva diez retirada de la música y todavía disfruta de lo absolutamente ociosa que está. Como ella dice, «no canto, no bailo y no me arreglo». Incluso su peluca —«una parte fundamental de la imagen de Tina Turner», como escribió en su autobiografía, publicada recientemente— ha abandonado en cierta medida esa posición perpendicular que solía tener para adoptar un estilo más desenfadado. Su voz sigue igual de seductora que siempre, aunque ahora la usa con otros fines: adopta un fuerte acento europeo cuando llama a su marido, y reserva su voz ronca, grave y trémula —«una voz que no es de mujer», como ella misma la describe — para cuando lo quiere provocar.

No echa de menos subirse a los escenarios.

[...]

Aun así, de vez en cuando, cuando va en el coche con la radio puesta y Bach canturreando con disimulo a su lado, interpreta las canciones al más puro estilo Tina Turner, dando botes en el asiento y ronroneando para su reducidísimo público. Hay una canción a la que no se puede resistir.

—Ay, ¿cómo se llama? —le pregunta a gritos a su marido, que estaba pasando el rato en la habitación de al lado— Cariño, ¿cómo se llama? —Y en ese momento empieza a cantar—: *I just want something liiike this*.



—La canción es de Coldplay —le responde Bach.

—Coldplay —repite Turner y me pregunta—: ¿Sabes lo que me gusta de Coldplay?

Entonces empieza a hablarme entusiasmada del contradictorio atractivo de la voz de Chris Martin.

— No tiene una de esas voces negras realmente buenas como las de Motown, pero...

— La canción se llama «*Coldplay with the Chainsmokers*» —la interrumpe Bach.

— ¡Da lo miiiismo! —le grita Turner, como si liberara toda su potencia vocal con el objetivo de desterrar el más mínimo pensamiento de lo que diantres sea eso de «*chainsmoker*».

Me mira pícaramente.

— La canción es de Coldplay —zanja.

[...]

Turner y Bach se mudaron a Suiza en 1995. Después de una vida caótica, Turner disfruta de la obsesión que tienen los suizos con el orden. Aquí todo funciona según las normas. Turner no habla alemán, aunque en realidad lo prefiere porque, de esta forma, nadie espere que diga mucho. Si alguien dice algo divertido, le basta con pedirle a su marido que se lo cuente.

En su día a día, se levanta y su mayordomo, Didier —un suizo altísimo y de rostro tímido ataviado con un immaculado polo completamente abotonado—, le prepara un poco de avena. Luego, se va de compras.

El *Château Algonquin* está repleto de objetos hermosos: unas llaves de castillo de adorno (me dice: «ansiaba tener un castillo hasta que vi lo grande que son»), trozos de una enorme amatista hecha trizas situada junto a la piscina (un regalo, según me cuenta), fotografías enmarcadas de sarcófagos de una antigua dinastía de Egipto (algo le dice que perteneció a alguna de ellas en una vida pasada y que Didier estaba con ella), un ídolo precolombino empuñando una espada con el que se hizo justo antes de irse para siempre de América («en su momento me gustaba»), entre otros. No se guarda nada: dice que, ahora que se lo puede permitir, «quiero tenerlo todo a la vista».

Fuente: <https://www.nytimes.com/2019/09/09/theater/tina-turner-musical.html>.